

Eternizando el Tiempo

Por Rousas J. Rushdoony

A lo largo de la historia con frecuencia los hombres han estado en rebelión contra la eternidad, pero también han estado no menos en rebelión contra el tiempo. Les molesta la eternidad, porque se halla más allá de ellos, y les molesta el tiempo, porque no es la eternidad. Por consiguiente, los hombres han intentado repetidamente eternizar el tiempo, arrestar la historia, creando una sociedad inmutable, una que sea un “orden final.”

Uno de los medios por los que el hombre ha intentado detener la historia ha sido la familia. El ejemplo clásico de esto es la poliandria Tibetana. Por medio de la poliandria la sociedad Tibetana, antes de la conquista Comunista, mantenía un orden social incambiable. El propósito era retener la propiedad intacta y la sociedad en un orden estable, continuo e inmutable. El hijo mayor heredaba la propiedad en su totalidad, y así se evitaba el problema de la herencia fraccionada. Los hijos menores que no llegaran a ser lamas tenían que compartir la esposa y la propiedad del hijo mayor para vivir. Algunas veces los hermanos tomaban más de una mujer como sus concubinas, pero, independientemente del número de concubinas y concubinos, el hijo mayor heredaba todo, y la propiedad era traspasada intacta. Este sistema de ningún modo producía paz o armonía. Definitivamente fue motivo de choques e infelicidad. Incluso el Juez Douglas, quien tiene la tendencia a ver lo bueno en todas las cosas, señaló, “Aprendí que el sistema de poliandria engendra prostitución.”¹ Lo que sí produjo la poliandria en el Tibet fue un equilibrio social a costa de la paz, el carácter y el progreso. La meta era un orden inmutable, una sociedad que reflejara la cualidad de la eternidad. Pero los hombres mueren, y antes de que mueran, envejecen, de modo que los hombres cambian, y por lo tanto, no pueden reflejar esta cualidad inmutable de la eternidad. La mutabilidad es, inevitablemente, parte de la naturaleza física del hombre. Por lo tanto, si el tiempo y la historia han de ser inmovilizadas, debe ser el orden social el que ha de ser inmovilizado y hacer que sea inmutable, porque la gente envejecerá y perecerá. Como resultado, cada vez que el tiempo es eternizado, el hombre es sacrificado en aras del orden social. El orden inmutable debe permanecer, y debe tener la importancia primordial, y el hombre mutable debe ser sacrificado en sus aras. En la poliandria Tibetana las metas personales de los hijos eran irrelevantes: o se conformaban a la tierra y al sistema matrimonial, o se conformaban al sistema monástico Budista. De igual manera, los deseos de la esposa no eran importantes: se requería de ella que fuera la esposa de todos los hermanos con el propósito de preservar el orden social inmutable y su sistema territorial. No hace falta decir que había mucha discordia entre muchos hombres y mujeres, pero es igualmente cierto que ninguno se sublevaba o alteraba el sistema. El sistema era eterno, inmutable, ¿y quién era el hombre mutable para rebelarse contra la eternidad?

Otros sistemas familiares en sociedades antiguas y aún más recientes han buscado eternizar el tiempo. La adoración a los ancestros vinculaba el orden sobrenatural y eterno con la familia. La adoración a los ancestros tenía un doble efecto paralizante sobre la historia. *Primero*, la

¹ William Orville Douglas: *Beyond the High Himalayas* [Más Allá de los Altos Himalayas] (Garden City, New York: Doubleday, 1952), 183.

adoración a los ancestros vinculaba el orden humano pecaminoso con la eternidad en una unión irrevocable, de modo que un área de la vida que debía hallarse *bajo* la ley y el juicio de la eternidad se convirtió en la encarnación del orden eterno. *Segundo*, la familia aún permanecía en el tiempo, en la historia, y la adoración a los ancestros le daba a la familia una perspectiva mortal y terrible, la perspectiva de ver hacia atrás. En lugar del progreso, la retrogresión era la ley.

El estado ha tenido una historia similar. Se creía que muchas formas iniciales del estado eran el vínculo o unión mística del cielo y la tierra. El gobernante o el estado representaban la presencia del orden eterno en el tiempo. La historia se hallaba inmovilizada en términos de esta voluntad inmanente de los dioses, y también prevalecía una perspectiva de mirar hacia atrás.

Con el Renacimiento y la Ilustración el pensamiento Utópico comenzó a plantear un orden futuro, una sociedad inmutable y un estado final para el hombre. En este orden ideal la idea de la historia se hará carne; la idea tomará su forma plena. La dialéctica de la historia, en esta filosofía, es una colisión entre la forma y la materia, la naturaleza y la libertad, tesis y antítesis, y con la síntesis se llevará a cabo la realización. Por consiguiente, la meta de la historia se ha convertido en la muerte de la historia. Se niega a Dios y la eternidad, pero el tiempo y la historia también son negados, en el hecho que deben ser trascendidos y la historia debe ser eternizada.

El Utopismo es un aspecto de todo el pensamiento socialista, Marxista, Fabiano, “Cristiano,” y también de la “economía de beneficencia.” La meta política que se les ofrece a los hombres es un orden final, la solución a los problemas del hombre. Este orden final es únicamente impedido por ciertos elementos “reaccionarios” quienes se oponen al utopismo o tienen otra forma de utopismo que ofrecer. Aplastad y destruid al elemento disidente, ya sea por medio de la educación o de la liquidación, y la utopía llegará: tal es la tesis, y algo básico para esta fe es un odio al hombre y a la historia, un odio al tiempo y a la eternidad.

Desde la perspectiva Bíblica el tiempo es tiempo: implica y requiere el cambio y el deterioro, el progreso y los problemas, el movimiento y el contra-movimiento. Incluso antes de la caída había tiempo e historia en el Edén. Adán y Eva envejecían de una manera notablemente más lenta, pero día a día eran un poco mayores. Los árboles echaban brotes, daban flores, producían fruto y luego dejaban caer sus hojas. El mandamiento para el hombre era ejercer dominio sobre la tierra (Gén. 1:28), y esta era una tarea que requería tiempo y también requería tener una perspectiva de la historia.

El matrimonio, ordenado en el paraíso, tenía el tiempo y la historia en vista. Debido a que la historia es movimiento este conlleva nacimiento, madurez y muerte. Cada generación cumple su destino, y otra resume el peregrinaje de la historia, que es el destino y privilegio del hombre. Cuando Dios instituyó el matrimonio en El Edén, antes que los padres existiesen, ordenó, “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24). El significado de este versículo es muy grande. El pasado debe ser honrado; honrar a los padres algunas veces implica su respaldo económico, según sea necesario. Pero el hombre debe *dejar* a su padre y a su madre y *unirse* a su esposa. Debe romper con una institución para crear otra. Se debe honrar lo antiguo, pero la historia se debe mover hacia adelante. La antigua autoridad es honrada en cada uno de los muy específicos mandamientos de Dios (Deut. 5:16), pero el honor de lo antiguo requiere la creación de la nueva autoridad. El nuevo esposo debe establecer su propia área de dominio en la familia y en el llamado. La autoridad inmutable no es

de este mundo: es el Dios trino y soberano y Su Palabra revelada e infalible. El hombre pertenece al tiempo y a la historia, y, en tanto que se halle en el tiempo, debe permanecer en la historia. Es la perversidad del pecado la que hace que los hombres denuncien al cielo y a la eternidad, y luego trabajen para negar el tiempo y la historia tratando de convertirlas en el cielo. El resultado es el infierno en la tierra.

Desde la perspectiva Bíblica el tiempo no es eternizado; es redimido de la Caída (Efe. 5:16; Col. 4:5) y ha sido hecho la arena del dominio del hombre. En lugar de quejarse de él el tiempo ha de ser disfrutado bajo Dios, pues, de acuerdo al Catecismo, el fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre: este es el papel del hombre en el tiempo y en la eternidad. Aún en medio de la tribulación debe resonar la nota de gozo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez os digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4), porque el tiempo y la historia no solamente son testigos del movimiento y la batalla, sino que también testifican de la inevitable victoria del pueblo de Dios (1 Juan 5:4).

Los intentos de varios hombres, tales como Harvey Cox en *La Ciudad Secular* (1965), por secularizar la historia van de la mano con el esfuerzo por encarnar una idea revolucionaria en la historia, y por ende, arrestar la historia. Cox lo llama “La Función Koinonion de la Iglesia: Hacer Visible la Ciudad del Hombre.”² Pero la Ciudad del Hombre no arresta la historia ni la lleva a cabo: solamente produce el caos de la revolución.

La esencia de tales posiciones es la rebelión contra el Dios soberano y contra Su decreto eterno, contra la predeterminación de la historia y del tiempo por parte de la eternidad. Pero, dado que la historia y el tiempo son en sí la creación del Dios trino, todo rechazo de Dios implica también un rechazo de Su creación, lo mismo que un intento por forzar una nueva creación en un supuesto mundo de hechos aparentemente brutos.³ La consecuencia es un rechazo del tiempo y de la historia y los desgarrados pasos dementes de la Ciudad del Hombre.

*Este artículo es el Capítulo Seis del libro **La Filosofía Bíblica de la Historia**, escrito por el Dr. Rousas J. Rushdoony y publicado por Ross House Books, Vallecito, California, 95251.*

² Harvey Cox: *La Ciudad Secular* (New York: Macmillan, 1965), 144.

³ Es decir, hechos llevados a cabo al azar y sin propósito. (N. del Tr.)